

Cordera y Tello: la disputa por el porvenir

Ciro Murayama

Leer, analizar y discutir *La disputa por la nación*, de Rolando Cordera y Carlos Tello (Siglo XXI Editores), a tres décadas de su primera edición, es un reconocimiento obligado a un libro que de forma oportuna y novedosa supo condensar las disyuntivas de índole estructural, pero también de orden político e ideológico, que enfrentó el devenir de la economía mexicana al momento en que llegaba a su fin el modelo de desarrollo orientado al mercado interno que se comenzó a instrumentar desde el cardenismo en los años treinta del siglo xx.

Como recuerdan Cordera y Tello en el prólogo a la segunda edición de su obra, en el planteamiento original del libro “se examinan las opciones polares dentro de las cuales tendría lugar, en los años por venir, el desarrollo de México. Estas opciones [la neoliberal y la nacionalista] se ubicaron en el sistema político-económico imperante y no se ofrecían como alternativas a él” (p. 9) y subrayan que desde su texto original se postulaba “que lo más probable era que se llegara a algún tipo de combinatoria político-económica, dentro de los marcos definidos por nuestra Constitución Política” (p. 10).

En el prólogo a la primera edición, los autores definieron que “el examen de la realidad presente y de sus proyecciones, que es el objeto de este ensayo, no puede tener otro marco que el del cambio, el conflicto y la crisis” (p. 41). Así, *La disputa por la nación* estuvo y está lejos de ser un ejercicio de nostalgia que quiera negar la profunda necesidad de cambios que requerían la política económica y la economía mexicana aun antes del estallido de la crisis de inicio de los años ochenta, y al contrario, es una reflexión sobre las alternativas para que esos cambios discurrieran.

Muy poco después de publicado el libro, los acontecimientos nacionales e internacionales comenzaron a perfilar hacia dónde se inclinaría la balanza en los proyectos esbozados en *La disputa por la nación*. La disputa, decían hace treinta años Cordera y Tello, “trasciende los límites geográficos del país y busca ubicarlo con toda claridad en el escenario mundial” (p. 42), de tal suerte que el entorno externo también resultó fundamental sobre las decisiones que se adoptaron domésticamente. Así, a partir de que la crisis de 1982 “puso a flote contradicciones de todo tipo en la economía política nacional, sumergidas o a flor de tierra, que apuntaban a la necesidad urgente de cambios” se avanzó “en una dirección principal y casi única: la implantación en México de una economía abierta y de mercado, mediante un cambio estructural de claro corte neoliberal” (pp. 18-19).

En la primera edición de *La disputa por la nación* se identifican los rasgos clave de la economía mexicana al despuntar los años ochenta, iniciando por el reconocimiento de que “si algo caracteriza al desarrollo económico y social alcanzado por México a partir de los años treinta es su carácter desigual” (p. 54); desigualdad que se expresaba también en el desarrollo marcadamente diferente de las regiones (p. 69), entre los sectores productivos y al interior de los mismos, en las condiciones de los trabajadores, por lo que nuestros autores subrayaron el carácter “desigual y combinado” del desarrollo mexicano.

En el balance de la situación socioeconómica del país, se ofrecen cifras robustas de las capacidades productivas del campo y la industria, e indicadores del sector financiero, así como de la situación alimenticia, de salud, educativa, del acceso a los servi-

cios básicos por parte de la población, la dispersión demográfica de la misma, además de incluir un análisis sobre los vastos recursos naturales del país sin dejar de subrayar, de forma pionera para ese momento desde la economía, el deterioro del capital natural del país y sus implicaciones negativas para la ecología.

En el libro se encuentra una crítica certera al proceso de sustitución de importaciones, que merece ser rescatada. Consiste no en cuestionar la pertinencia de que los países trasciendan el paradigma ricardiano de las ventajas comparativas —que como dicen los autores sólo puede ser válido bajo el supuesto de pleno uso de la oferta de factores de la producción, y que además siguiendo el ejemplo clásico benefició a Inglaterra pero no así a Portugal—, ni se pone en tela de duda tampoco la apuesta nacional por contar con un sector manufacturero propio, sino en señalar que en ese proceso de industrialización protegida se dio un desfase entre producción y consumo que provocó y extendió algunas de las deficiencias estructurales de nuestra economía que a su vez repercuten en la grieta social existente. Esto es, la sustitución de importaciones comenzó en los sectores productores de bienes de consumo para las “capas urbanas privilegiadas” (p. 64), por ejemplo, automóviles y refrigeradores, lo que “le asignó al resto de las actividades productivas un papel subordinado que, en los hechos, significó su exproliación prácticamente absoluta, un permanente sacrificio en la asignación de recursos públicos y, en general, el abandono secular de muchas actividades con posibilidades reales de desarrollo” (p. 64).

Hace treinta años, México se endeudaba pero todavía crecía, en buena medida por

el descubrimiento de ricos yacimientos de petróleo en un momento de altos precios del energético. Pero desde entonces, Cordera y Tello alertaban sobre los límites de esa disposición de petróleo para asegurar la buena marcha del conjunto de la economía: “desde la perspectiva de un crecimiento global sostenido y estable, los recursos petroleros parecerían ser del todo ineficaces si simplemente se utilizaran para subsanar deficiencias cada vez mayores en nuestras relaciones económicas internacionales o en las finanzas públicas” (p. 92), advertencia que sigue teniendo plena vigencia vista la dependencia fiscal de los ingresos provenientes de la renta petrolera.

En el panorama expuesto por Cordera y Tello del México de hace tres decenios, se pone énfasis en la importancia de la organización social al tiempo que se describe y problematiza la fragilidad y supeditación al régimen del grueso de los sindicatos, así como la perpetuación de prácticas antidemocráticas en su seno (p. 74). A esos problemas se añadía la represión hacia movimientos genuinos de los trabajadores y la disminución del “salario real de la clase trabajadora al reducirse la participación de los salarios dentro del ingreso nacional” (p. 104). No hace falta insistir en que la fuerza del movimiento obrero se diluyó y que sigue siendo un actor ausente fundamental para dar cauce productivo al reclamo y a los intereses de la mayor masa de trabajadores subordinados —así sea de forma predominante en el sector informal— que haya tenido el país en su historia como ocurre en nuestros días.

Mientras tanto, las organizaciones patronales “politizan su poder económico y llevan a cabo una importante prueba de fuerza frente al Estado”, de tal suerte que “puede advertirse un avance sistemático en el ejercicio político del empresariado” (p. 75) que con los años tendría una expansión aún mayor.

Cordera y Tello confrontan analíticamente las propuestas de los empresarios y de los trabajadores agrupados en torno del Congreso del Trabajo, pues ambos actores en buena medida defendían y encarnaban los dos proyectos, el neoliberal y el nacionalista, en disputa. Así, las disyuntivas eran una mayor intervención del Estado en la

economía para afirmar su papel como rector del desarrollo frente a una acción estatal más bien reguladora y compensadora; un mayor gasto público para aumentar el crecimiento y el empleo frente a la austeridad como prioridad para inhibir la inflación; a una necesaria reforma fiscal se contraponía la amenaza de detener el proceso de inversión privada; a la existencia de un salario mínimo remunerador se le contraponía la necesidad de la moderación salarial; al control de precios se le confronta con mayor liberalización; al fortalecimiento de la educación pública se le responde con la necesidad de incrementar la participación del sector privado; a la propuesta de tener un programa nacional de infraestructura se le plantea la construcción de obras en beneficio de proyectos privados específicos, por ejemplo (pp. 105-106).

Entre 1981 y 2011 mucha agua ha corrido bajo el puente en materia económica, política, social, demográfica, cultural y de transformaciones en el orden mundial. Sin embargo, la pregunta acerca de las opciones que tenemos para nuestro desarrollo que Tello y Cordera formularon hace treinta años sigue abierta y tiene vigencia, pues no plantearla implica reconocer que sólo hay un camino, una receta, un pensamiento único, lo que en buena medida implicaría también renunciar a las inquietudes intelectuales propias por no hablar de los objetivos éticos y morales vinculados de manera estrecha con las nociones del desarrollo y la equidad sociales.

La lectura actual de *La disputa por la nación* debe inscribirse nuevamente en la perspectiva que da el propio subtítulo de la obra desde su primera aparición: *Perspectivas y opciones de desarrollo*.

En el balance de lo ocurrido en estos treinta años, los autores identifican un conjunto de hondas transformaciones en el entorno internacional, asociadas al fin de la bipolaridad, a la expansión de la globalización que implica aumento en las transacciones comerciales pero sobre todo en el crecimiento exponencial del volumen y la cuantía de los flujos de capital financiero, así como a la importancia en auge de las tecnologías de la información que ha incrementado la interdependencia entre naciones e individuos y que ha terminado por transformar el curso de la existencia personal misma.

En México, entre las transformaciones positivas se identifica el proceso democratizador que terminó con el presidente de la República como el “fiel de la balanza” en las disputas políticas, económicas y sociales de la nación” (p. 14), el fin del régimen de partido hegemónico, la existencia de gobiernos divididos que implican que el presidente y su partido no controlen a las cámaras del Congreso de la Unión. También se constata una mayor diversidad en los medios de comunicación, aunque también crece su poderío e influencia.

En materia económica, si bien se han saneado las finanzas públicas, se ha reducido el crecimiento de los precios al consumidor



Rolando Cordera y Carlos Tello con Raúl Arias Lovillo, rector de la Universidad Veracruzana

y se han diversificado las exportaciones hacia manufacturas pesadas y semipesadas, el crecimiento del PIB per cápita avanza en estas tres décadas a un lento 0.5 por ciento al año frente al 3 por ciento anual logrado entre 1934 y 1981. Ocurre, a la vez, una transformación demográfica, con predominio poblacional de jóvenes y de adultos jóvenes que amplían la oferta de trabajo y reducen la tasa de dependencia pero que, en un escenario de bajo crecimiento, no son un bono demográfico aprovechado, sino población mayoritariamente excluida de la educación media superior y superior, y condenada a los circuitos extendidos de la informalidad y la precariedad laboral, así como a la emigración al norte y, más recientemente, a las filas de la delincuencia organizada y desorganizada.

La manera de enfrentar la emergencia de la crisis de 1982 por la que optó entonces el gobierno, convirtiendo en objetivo mayor la recuperación de la confianza de los mercados internacionales de capitales y no la recuperación del crecimiento, transformó el pago de la deuda externa en la única decisión inalterable de la política económica, castigando así a la actividad y al empleo. Conciertan nuestros autores con Brailovski, Clarke y Newman en denominar a esa estrategia como “la política económica del desperdicio”. De aquellos años perdura hasta nuestros días la baja formación bruta de capital fijo, es decir, un nivel de inversión por debajo del requerido para alcanzar las tasas de crecimiento que la demografía permitiría y demanda.

Rolando Cordera y Carlos Tello destacan en esta obra, como en otras que han escrito por separado, la importancia del papel de las ideas y su impacto en las políticas, en las instituciones y en la situación económica y social resultante de su actuación. Así, recuerdan que lo acontecido desde inicio de los ochenta al fin de la primera década del siglo XXI tuvo lugar precisamente tras la “revolución de los ricos” (p. 22) como la llamara John K. Galbraith, con el ascenso de los gobiernos de Thatcher y Reagan en el Reino Unido y en Estados Unidos, así como con la hegemonía en universidades y centros de estudio económicos tanto en los países centrales como en los periféricos por parte de la escuela neoclásica con-

traria a la intervención del Estado y favorable a la libre actuación del mercado. El influjo de la ortodoxia se instaló también en las instituciones financieras internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que abogaron e impusieron un tipo de gestión de la economía favorable a la privatización de empresas, a la reducción del gasto público, al retiro de controles arancelarios, a la retracción de la acción pública, que acabaron por ser conocidas como el “consenso de Washington”.

En México, recuerdan los autores, las ideas del consenso de Washington no fueron impuestas al grupo gobernante, más aún, “la corriente neoliberal del gobierno ganó” (p. 28), corriente que sigue definiendo la orientación de la política económica y ocupando los mayores cargos de responsabilidad a lo largo de cinco administraciones consecutivas de gobiernos federales.

Como consecuencia de ello, en estos años no se han fortalecido las capacidades del Estado en materia de recaudación de recursos que pudieran incidir en una mayor capacidad de inversión productiva o para conseguir reducciones significativas y duraderas de la pobreza y la desigualdad. Al contrario, la exclusión laboral y los datos de la precariedad social están poniendo en riesgo “la legitimidad del sistema político democrático” (p. 34). Sin una democracia representativa capaz de fijar como primer punto de su ruta de actuación a las prioridades de las mayorías, con sectores privados y poderes fácticos renuentes a la contribución fiscal y a reconocer la supremacía del Estado sobre sus intereses particulares, y con una “clase política” que se asume como tal —con intereses propios, distintos a los del resto—, Cordera y Tello afirman en 2011 con tino y preocupación que “la disputa política por la dirección del Estado parece quedar suspendida en un corrosivo juego oligárquico, mientras la cuestión social se extiende y profundiza para darle a la disputa por la nación, al empezar el nuevo milenio, una perspectiva ominosa de confrontación ‘sin política’, o de plano *antipolítica*. Las condiciones primarias de un renacimiento autoritario a través de la democracia emergen a medida que pasan los días y el panorama económico-social se oscurece y agrava” (p. 36).

Rolando Cordera y Carlos Tello, en el prólogo a la segunda edición, definen el tipo de reformas que son necesarias en el porvenir, pero que es preciso impulsar de inmediato, en un contexto de sistema político democrático y en una economía que ya está abierta al mundo. Proponen “nacionalizar la globalización” (p. 38), lo que pasa por “ser heterodoxos frente al fundamentalismo del mercado único y la receta universal. Ser ortodoxos en la afirmación de los intereses nacionales que en el caso de México se originan en la cuestión social dominada por la desigualdad, la concentración del privilegio y la pobreza de las masas” (*Ídem*).

Es preciso recuperar el crecimiento económico, volver a replantearse el fomento de actividades productivas, sobre todo las generadoras de empleo para los jóvenes en edad de trabajar, trascendiendo así la estrategia de estabilización a toda costa que ha sido asumida por todos los partidos y sus legisladores. Los autores remarcan el hecho de que en la visión de largo plazo debe asumirse la centralidad de la equidad, de la igualdad, que no pueden quedar “para después” (p. 37).

Nos enfrentamos a una urgencia social que es por lo mismo una urgencia política. Las decisiones económicas, por ello, tienen que ofrecer cauces sociales y políticos. Así, escriben Tello y Cordera, “la política democrática y la economía abierta deben estar incrustadas y responder a una dimensión social atenazada por la desigualdad, la pobreza y las tendencias a la desintegración comunitaria y el desplome de la cohesión social. Ésta es la clave, añaden, de un resultado productivo de la disputa actual que sin demasiada retórica podemos definir como una disputa por el porvenir de México como nación” (p. 36).

Rolando Cordera y Carlos Tello deben ser felicitados por la nueva edición de *La disputa por la nación*, y sobre todo habrá que agradecer la nueva bocanada de aire fresco intelectual y de compromiso moral con las necesidades del país que, como dos economistas mexicanos excepcionales, nos ofrecen. [U]

Rolando Cordera y Carlos Tello, *La disputa por la nación*, Siglo XXI Editores, segunda edición, México, 2011, 181 pp.